



# ESPAÑA COMO VALOR HISTORICO

por MIGUEL DE UNAMUNO

SALAMANCA, 1922.

(Para LA NACION)

Cuando a D. Antonio de Trueba se le echaba en cara el que hablase de sí mismo solía responder: "soy el hombre que tengo más a mano para ejemplo de lo que digo". El toque está en acertar a universalizar lo individual, a dar a lo propio carácter de aplicación para todos. Y a la vez cabe individualizar lo universal. Y esto es la ciencia histórica. Clenela, sí, aunque muchos lo nieguen.

La historia es, en efecto, el conocimiento de lo individual así como la matemática es la de lo universal. En historia lo que vale es el nombre propio, la fecha y el lugar, también propios. Y desconfiemos de eso que llaman sociología, o biología de las sociedades. Ya os tengo dicho que lo que aquí importa no es la biología sino la biografía.

Y si Trueba echaba mano de sí mismo, por ser el hombre que más al alcance tenía para ejemplificar sus reflexiones, nosotros echamos mano de este pueblo español en que vivimos — y por el que vivimos y para el que vivimos—para dar carne a nuestra visión histórica de la humanidad universal. Aunque haya, por otra parte, quien se nos queje de que concretamos poco. Según qué se entienda por concretar...

Marcelino Domingo escribe desde Méjico, donde está, que aquel pueblo podrá muy pronto darnos enseñanzas tan solemnes como las que nos está dando Rusia. Y ello es porque la revolución mundial que ha sacudido a Rusia está sacudiendo al mundo todo, pero se siente más esa sacudida en aquellos pueblos que más distanciados se hallaban de la marcha general de la civilización en 1914, de aquellos pueblos donde elementos étnicos de viejísima estirpe se habían fundido menos en el espíritu de la cultura occidental de origen greco-latino.

Pero si en Méjico hay indígenas aborígenes, como en Rusia razas asiáticas y mestizos de unas y otras, también en España, a pesar de la romanización del lenguaje y la religión y las leyes—el castellano es idioma más latino aún que el italiano, en el que hay un mayor elemento léxico germánico—permanece un fondo ibérico. El de aquellos iberos que fueron con el semita Aníbal contra Roma, los de Numancia, los de Sertorio, reforzados después por la invasión agarena. Y de todos modos y sea lo que fuere de estas complicadas y confusas cuestiones de razas, el hecho es que España ofrece hoy ya un espectáculo tan ejemplar como el de Rusia y acaso en día no lejano se preocupe de esta Nación el mundo civilizado tanto como de

la moscovita se preocupa hoy. Este, que la "Saturday Review" llamó el último despotismo que en Europa queda, ha de dar todavía mucho que hablar de sí. Y recomendamos a los afortunados españoles que viven y prosperan fuera de España que no se empeñen en ocultar la verdad y en no querer verla ni en mirar lo de aquí con ojos de colonia que está a la defensiva.

La última crisis de Gobierno, provocada por todo un mal que está corroyendo las entrañas políticas de España, se sintomatizó merced al debate parlamentario sobre la suspensión de las garantías constitucionales. Pero el cáncer, el hondo cáncer ni es la cuestión social, ni la internacional, ni la guerra marroquí, ni las disensiones confesionales—que se trata de resucitar—sino un problema de justicia; el de la responsabilidad. Porque aquí no hay ya hoy poder alguno—legislativo, ejecutivo, judicial, moderador—que responda de nada. Contestan, pero no responden. El Parlamento, que es el que menos mal lo hace, no responde al país sino a medias; el Gobierno, que no es político sino policiaco, tampoco responde y cuando contesta casi nunca a lo que se le pregunta; en cuanto al Judicial al que denuncia sus enormes abusos—hijos de la servilidad—se le procesa, pero no se depuran sus denuncias y la responsabilidad judicial es peor que una ficción. Y en cuanto al poder moderador—o mejor inmoderador—más vale no hablar, ya que dicen que es irresponsable. Irresponsable ante la ley, pero no ante la historia.

Lo que le preparó a la República Francesa para su última y máxima victoria sobre su enemigo secular, el imperialismo militarista y cesáreo germánico, fué el "affaire Dreyfus", y aquella especie de fecundísima guerra civil que provocó. Y aquí ha habido antes y después del proceso Ferrer asuntos que deberían haber provocado otra guerra civil. O que, acaso, lo están provocando.

Lo que se llama ganar tiempo es la peor manera de perderlo y desde la Restauración de 1875 acá, pasando luego por los años grises y pesadumbrosos de la Regencia y por el último por este infecundísimo reinado, todo se ha querido arreglar con borrón y cuenta nueva. Cuando no con un pseudo-valor de la especie más estéril, con un coraje que a nada bueno conduce, y con el que se encubre la cobardía civil, la falta de valor cívico, del sentimiento de la responsabilidad. Ese coraje personal, aun dejando que suele ser ficticio, de leyenda o acaso de pura comedia, nada resuelve, en efecto. No es la vida física, la vida animal, lo que hay que jugarse. Don Eduardo Dato,

que fué sereno ante el peligro físico, que se jugó varias veces la vida hasta que se la quitaron, era civil y moralmente un cobarde. Porque fué cobardía dejarse en Llodio vestir un dominó y capuchón rojos, hacer unas piruetas grotescas—¡a su edad!—y que en torno de él bailasen unos señoritos plutocráticos una zarabanda, la zarabanda roja que precedió a su martirio sangriento, y todo por someterse a ejercer de canceller. Y muerto el pobre señor Dato han seguido las cobardías y claudicaciones.

¡Borrón y cuenta nueva! Y tanto se ha borrado que los borrones forman una montaña que no nos deja avanzar. El número de los agraviados, de los ofendidos, de los injusticiados, de los desesperados, crece de día en día. Pero el lúvido terror sigue. Y ya la vocería es tal que de nada sirven los esfuerzos oficiales para ahogarla aquí y fuera de aquí.

"¡Cállense, cállense hasta que acabemos este negocio!"—se dice.—Y se nos repite que es patriotismo ocultar el cáncer y engañar al extranjero para conseguir al amparo de ese engaño no sabemos qué ventajas. ¡Qué ha de ser eso patriotismo! Es mucho más patriótico aquello del liberal de antaño: "¡Sálvese los principios y húndanse las colonias!" Porque sin colonias puede vivir dignamente un pueblo, pero sin principios no puede vivir con dignidad.

La disolución política y moral de España sigue su curso y de nada sirve querer distraernos de ella diciéndonos que el porvenir de España está en América o en Africa o... ¡en la luna! El porvenir de España está en España. Siempre que no nos formemos de este valor histórico, que es España un concepto territorial o geográfico o patrimonial o económico. Y es España, como valor histórico permanente y universal, lo que está en crisis en esta disolución del tradicional Reino de España.

Y a España como valor histórico no le salva un coraje teatral, ficticio —a las veces como el de aquel sauro que amedrenta con su miedo y pretende hacer temblar con su temblor—de reclamo acaso, con el que se pretende contener a fuerza de injusticias, de clandestinidades, de maldadades y de arbitrariedades la revolución mundial aquí también en marcha. Nuestra vieja guerra civil siempre latente, empieza a agudizarse.

Los que no se consagran a la vida pública por tener conciencia histórica, por vivir en la historia, por sentir a la patria como un valor histórico—y a esto le llamamos tener ideales—dedicarse a la política o por buscar un medro, o por satisfacer una vanidad barata, o—y esto es lo más terrible—por saciar un temperamento.

Mas de esto otra vez.